

FERNANDO VILLAVERDE  
La irresistible caída  
del muro de Berlín

*bokeh* \*

© Fernando Villaverde, 2016

© Fotografía de cubierta: Miñuca Villaverde, 2016

© Bokeh, 2016

ISBN: 978-94-91515-39-2

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

I. EL MAR.....	9
II. BERLÍN.....	25
III. PARÍS.....	137
IV. NUEVA YORK .....	211
V. REGRESO A BERLÍN.....	257



*Naturalmente que para Miñuca, mi mujer.*



I.

## EL MAR

I

No sé cómo se enteró, pero lo sabe, alguien le contó que en vez de tomar el tren para Hamburgo tan pronto pisemos tierra alemana en el puerto báltico de Rostock, tal como estipula nuestra apremiante visa, he hecho un trato con el jefe de sobrecargos para que en cuanto suban a bordo las autoridades alemanas gestione que nos permitan ir a Berlín y quedarnos allí unos días, antes de dar ese salto que pensamos definitivo al Occidente. Será nuestra última oportunidad de conocer el sector oriental de la dividida ciudad; nuestro plan es cruzar luego el Muro legalmente para nunca volver la vista atrás, tal como equivocadamente esperan esas autoridades de La Habana a las que con mil argucias extrajimos nuestras visas. Y resulta que ahora, nuestro camarero en el barco —grumete llamarían a este adolescente en relatos de tiempos más marineros—, enterado quién sabe cómo de nuestro proyecto, se inclina a mi oído mientras coloca una cerveza en una mesita junto a mí y sigiloso susurra: No vayan a Berlín. Su tono es de ruego.

De esta frase, que por la forma en que me la dice sólo puedo interpretar como advertencia urgente, podrían nacer en cualquier rutinaria novela un sinfín de aventuras; alguien nos acecha en esa ciudad, en cuanto la pisemos correremos peligro, quién sabe si mortal. Y esta escena inicial se interrumpiría justo ahí, con el

camarero alejándose oscilante y enigmático sin decirme una palabra más, para dejar que el lector se fuese enterando de los motivos de su consejo en sucesivos capítulos rebosantes de intriga. Cuando lo escucho, faltando horas para que nuestro barco atraque, imposible entender por qué me anima, sin siquiera mirarme de frente y con ese aire de conspirador, a desistir de mi proyecto. Sea como sea, no dejaré sus palabras en el aire. Por riesgoso que pueda resultarme, no permitiré que sus sinuosas incógnitas alteren el deseo nuestro de pasear por esa parte de Berlín que al terminar la guerra nos quedó del otro lado, para después, al paso de los acontecimientos cubanos, volvérsenos el contiguo.

El marinero tendrá unos veinte años. Lo supongo nacido entre las ruinas berlinesas, creciendo en la zona ocupada por los soviéticos y, si no conforme con el sistema, resignado a él o hasta puede que soñando entre escombros con ese futuro grandioso que Marx pronosticó. Pero estas reflexiones me las haré más tarde; de momento no lo dejo irse como pretende tras balbucearme su petición y lo llamo en tono lo bastante apremiante como para pararlo en seco; en cuanto lo tengo de vuelta al lado mío le pregunto, sin rodeos e intentando no delatar alarma, sólo curiosidad, por el motivo de su perentoria advertencia. Por qué me anima, pues eso ha hecho, a escapar sin dilación de su Alemania.

Como debió haberme aclarado sin necesidad de más el aliento de su voz, sus palabras eran una súplica, no una advertencia, y con la humildad de quien ha cometido una grave falta baja los ojos y responde: Es que soy de Berlín. Comprende que eso no basta y prosigue, recorriendo inexpresivos circunloquios, hasta encontrar la frase que él mismo presiente ingenua: Me da vergüenza que vayan a Berlín y lo vean como está, es su exigua explicación.

Se referirá, pienso al oírlo, a las lamentables huellas dejadas por la guerra: vastos sectores de Berlín en ruinas, plazoletas yermas, esqueletos carbonizados de edificios, amagos vanos de reconstrucción, ese desquiciado paisaje que pronto tendré ante mí, provocándome el



asombro de saber transcurridos veinte años y que aún subsista. Creo de todos modos que el marinero exagera: en suficientes películas de años recientes he visto a ese Berlín Oriental tan maltratado y no consigo suponer que las evidencias del desastre, por múltiples que sean, compongan una escena tan macabra como para ahuyentar al visitante. Se encarga el camarero de sacarme de mi despiste; al presentarle como suyo este posible disgusto ante la extendida destrucción, me aclara: No, no. Le hablo del Muro. Mi ciudad no es así, partida en dos. No la deben conocer así. Me da vergüenza.

Pasmoso me resulta su resquemor, sobre todo en alguien más joven que yo. Es como si con esa exaltación que asoma tras sus intentos de reserva se atribuyese en tanto que berlinés la culpa de una situación de la que en ningún modo es responsable. Y sin embargo, así es; este marinero, que pasa la mayor parte del año navegando lejos de su país, se echa a hombros la carga de haber permitido la división en dos de su ciudad y sus conciudadanos. Es como si me pidiera tiempo para reparar el daño; quiere que yo regrese en esa remota e improbable fecha en la que podré contemplar una capital unida.

Con mi reacción termino demostrándome, pronto lo sabré, más ingenuo que él. Resto importancia a su pedido, lo descarto con un ademán que pretendo comprensivo y acompañado de elogios a la grandeza de su ciudad, su historia, su capacidad última de prevalecer sobre destrucciones y divisiones. Se aleja, noto que desconsolado, y con razón. No he estado a su altura, he defraudado su certeza: dada nuestra parecida edad, confiaba en ver compartida su convicción de una injusticia. Pocos días necesitaré para avergonzarme de mi pusilánime actitud. Será cuando tenga ante mí el Muro: peor que cualquier ruina, más penoso que si la ciudad viviese todavía sumida en la desolación del 45. Los destrozos dejados por los bombardeos fueron la confirmación inequívoca de la derrota, la conclusión de un sueño aberrante y maldito. El Muro se yergue en cambio como una constante, una presencia maca-

bra cuya inmovilidad late en medio de un silencio escandaloso. Esa carcelaria construcción, fea y torpe no obstante su duradera voluntad, delata como ninguna otra cosa visible allí que de algún modo la guerra continúa, sus hábitos y pesadumbres perduran. Proclama que la catástrofe no ha terminado. Aplicándolas esta vez a sus conciudadanos arios, los gobernantes de la Alemania del Este –podrán echar la culpa a quienes quieran, a esos poderes superiores a los que forzoso les es obedecer, decirse maniatados; ellos y no otros asumen la responsabilidad de gobernar– han reconstruido, como siguiendo una abominable manía congénita, las alambradas de los campos, esta vez no para el exterminio físico inmediato sino para la abolición lenta e inexorable del espíritu. Un martirio tenue y lento. A diario se le mete por los poros a sus habitantes, dejándolos en apariencia ilesos pero desmoronándolos por dentro y convirtiendo sus espíritus en una arenisca parecida a la de las ruinas. Como si los alemanes, delatando así un espantoso rasgo, reconociesen no saber manejárselas más que mediante muros y alambradas, el concepto y la imagen del cerco, la cárcel vitalicia a cielo abierto. Mi encuentro con el Muro me devolverá a la ansiosa advertencia del marinero berlinés para depositar en mi conciencia, sin que ninguna lógica pueda disiparlas ni logre yo entender qué me inquieta, las cenizas fantasmales de un peligro impreciso y al acecho.

2

Desde enterarse de que nos vamos en barco nuestros amigos se angustian, como si les anunciásemos que nos espera una condena: ¡dos semanas en un barco de carga! Su invariable actitud es de consternación ante la perspectiva, a sus ojos atroz, de esa travesía sin otros pasajeros que ni la compañía mutua logrará aliviar: ¡dos semanas en alta mar, sin amigos, sin nada que hacer, sin un lugar

a dónde ir, sin un respiro que altere la monotonía de los días! Inexpertos en viajes por mar, coincidimos bastante en sus escafofrientes presagios, si bien ellos ignoran un dato para nosotros fundamental: hasta qué punto esos recelos quedan compensados por el entusiasmo que genera en nuestro ánimo el secreto plan de irnos para no volver. Además, y sin ganas de presumir, un palpito me sugiere cuantas veces los oigo no atender del todo esos vaticinios y una vez concluido el viaje sabré que a mi mujer le pasaba otro tanto. Y es que junto a nuestras dudas, la perspectiva de cruzar el océano en lo que no era sino un carguero de mediano tamaño nos hacía sentir cara a la aventura, evocando escenas de las muchas películas de piratas tan populares en nuestra niñez, aquéllas siempre en Technicolor donde se aplaudía la benéfica actuación de los corsarios ingleses.

Desconocemos por lo demás un hábito que no hará sino agravar la temida monotonía; nos enteraremos a los dos días de zarpar, cuando superemos ese archipiélago de las Bahamas junto al cual hemos pasado la noche anterior: su bandera de Alemania del Este convierte a nuestro barco en paria de los mares. Nos ponen al corriente los propios marineros cuando en nuestro primer encuentro en alta mar con otro buque, lo avistamos a lo lejos surcando indiferente el horizonte. Novatos en estas cuestiones, su despreocupado comportamiento no nos resulta insólito, pero los marineros, atentos al distante barco según éste prosigue su ruta contraria a la nuestra, nos lo aclaran: sí lo es. Lo habitual, cuentan, es lo contrario: cuando dos barcos se encuentran en el mar, sus capitanes los acercan hasta situarlos donde a ambas tripulaciones les resulten visibles las figuras y saludos de la otra y alcancen incluso a oír adioses y deseos de buen viaje de sus colegas del otro buque. Es sin embargo raro, por no decir imposible, que un barco, sobre todo de esos países que dominan las rutas del Atlántico Norte por las cuales navegamos –de las dos Américas, de Europa Occidental– tenga con ellos el menor gesto de cordialidad. Al contrario, se distancian. Es

una manera de humillarlos, de insultar su procedencia, achacarles una inexistencia; corroborarles, como tantas veces oyen decir por ahí en sus viajes, que su país no es sino una zona ocupada por otra potencia.

Por Dietrich, cajero de banco en un pueblito alemán próximo a Francia a quien conoceré en París, me enteraré de otra faceta de este arraigado desdén. No sé si París lo embruja o si su pueblo carece de sitios en donde entretenerse pero Dietrich, de poco más de 20 años, o sea nacido cuando la guerra concluía, se muestra bastante desinteresado en su Alemania y se aparece por París cuantas veces puede, a gastarse el sueldo de los meses previos en jolgorios de fin de semana a los cuales nunca lo acompaño; en realidad lo conozco por trasmano. Si a veces conversamos es porque prácticamente desconoce el francés y si bien chapurrea algo de inglés, sus amigos franceses manejan poco este idioma, por lo que a ratos les sirvo de intérprete, cuando las gesticulaciones no les bastan. A pedido suyo, paso en una ocasión con él un rato más largo que de costumbre. Lo acompaño al correo a enviar unas cartas y allí me topo con una variante de ese desprecio por la Alemania del Este que tan de cerca conocí en mi navegación.

Cuando Dietrich entrega sus dos cartas en la ventanilla del correo, el empleado mira los sobres y le pide, por intermedio mío, que aclare en la dirección del destinatario a qué Alemania se refiere. Dietrich no entiende. Miro los sobres y leo que se ha limitado a poner en ellos Allemagne, sin especificar, como le pide el del correo, a cuál de las dos Alemanias dirige su correspondencia.

Nada más explicarle lo que le solicitan enrojece de furia. Su ira le hace olvidar el poco inglés que sabe y se me hace difícil entender qué responde entre resoplidos a ese empleado que desde el otro lado de la rejilla lo mira displicente, hasta divertido con su crisis. Al cabo de repetidos intentos por calmarlo y enterarme de qué lo enfurece y qué piensa contestar a ese pedido de aclarar a dónde van sus cartas, descifro su respuesta, aunque la indignación lo haga

bufarla. Eso no es Alemania, es la Zona, la Zona, repite, dando con su indignación una mayúscula insoslayable al sustantivo. No es una zona cualquiera, es la conocida de todos y a la que basta dedicar esa tersa terminología para identificar: la Zona es Alemania Oriental y llamarla así no deja dudas; se habla de una parte de Alemania que por el momento no lo es, sólo zona ocupada.

Enterado del motivo de la cólera de Dietrich, el empleado de correos, con mayor desgano aún, precisa a mi amigo: si no especifica a qué Alemania van sus cartas, él no podrá recibirlas. Dietrich vacila. Temo que haga trizas sus cartas y las lance a la cara de su tenaz contrincante. Está claro: para él, escribir lo que le piden equivaldría a una renuncia, una traición; poner de su puño y letra una precisión que reconocería la existencia de una Alemania otra que la suya le mancharía las manos y hasta puede que los destinatarios, de fijarse, se lo echasen luego en cara. De pronto, Dietrich parece aconsejarse y recupera la calma. Algo me dice que su apaciguamiento tiene trastienda; tras su fachada serena, lo sigo notando por dentro tan furioso como hace un momento. Presentando un rostro cortés, pregunta al empleado qué franqueo haría falta a cada una de sus cartas. Movidio por los buenos modales que ahora exhibe Dietrich deja saber el hombre el precio y demasiado tarde comprende que ha caído en una trampa, al adivinar un segundo después el atajo por el que su empeño ha conducido al joven alemán.

No puede negarse. Entrega a Dietrich los sellos sueltos que éste le ha pedido a la vez que le devuelve sus dos cartas. Sobres en mano, el alemán pega triunfal en ambos sobres los sellos necesarios para que lleguen a su destino en la Alemania de Occidente, ante las mismas narices del vencido empleado. Sin decir más, ni a él ni a mí, sale de la estafeta, y no necesito ser muy listo para saber a dónde va: echa sus cartas, no en la rendija abierta a la calle para este propósito por la oficina de correos de donde acabamos de salir sino en el primer buzón que nos topamos. Se le ve feliz: no ha alterado como se le pedía su concisa dirección, para él la única

legítima. Su victoriosa testarudez me devuelve a los altivos barcos que vi pasar en lontananza durante mi navegación por el Atlántico. He comprobado en qué medida aquel porfiado desprecio del que fui testigo por la Alemania volcada al comunismo no se limita a los extranjeros sino afecta todavía más a los propios alemanes, si es que Dietrich es ejemplo de cómo sienten sus coterráneos.

3

Emprendida la travesía, pronto comprendemos mi mujer y yo cuánto contradice la realidad aquellos temores de que nos aburriríamos. Al contrario, el viaje significará un aprendizaje que calará en nuestras conciencias para nunca abandonarnos y no obstante durar 17 días, el anunciado hastío jamás sobreviene. Al principio una sorpresa, pronto se volverá placer. Evocando aquel trayecto recuerdo cómo a pesar de haberse ajustado sus circunstancias a los pronósticos de soledad más pesimistas jamás nos sentimos solos y si hablo a nombre de los dos es porque parecidas impresiones experimentamos mi mujer y yo, aunque sólo las compartiésemos una vez en tierra, como si hacerlo antes hubiese podido deshacer un embrujo.

La sucesión de novedades que nos reserva la vida a bordo nos resulta asombrosa, más sabiéndonos tenaz gente de ciudad. Hemos compartido desde siempre un hipnótico amor por el mar, aunque visto desde la abrigada sombra de los edificios de la costa habanera, enfrentando desde el asfalto los atardeceres y las olas rompientes. Sin embargo, nada más zarpar nos hacemos, más que con naturalidad, con gusto, a la existencia en esa isla desierta, para nosotros sobre todo; no sabemos alemán y sólo una o dos personas a bordo manejan algo de inglés, siendo para ellos el español algo tan remoto como una lengua indostánica. Al revés de lo previsto, cuanto más dura el viaje más nos sentimos en casa, según nos vamos enterando de cuanto acompaña cualquier travesía marítima, todo eso que

creíamos minucias cotidianas. Vistas que anticipábamos uniformemente iguales, como las que nos presentan el conjunto de las olas y las nubes, los colores de las aguas y de las puestas de sol, los cambios de espesor del cielo y las oscilaciones de la temperatura, son nuestra única e inseparable compañía e implacables desmienten cualquier previsión cuando día tras día nos revelan sus infinitas gradaciones; pues las aves, con sus vuelos y sus graznidos, nos acompañan sólo en las etapas inicial y última de la navegación.

De no haberla experimentado, difícil me sería aceptar esta satisfactoria convivencia de la mañana a la noche e incluso entrada la noche con la naturaleza. Pero una placentera entrega nos atrapa sin que nuestra razón pueda oponerle resistencia y en ese trayecto de tan fatigosa apariencia aprenderemos algo que no pocas veces nos servirá de mucho a la hora de elegir destinos o decidir comportamientos: el absurdo de creer que sólo la compañía de otras personas puede colmar nuestro deseo de relacionarnos con el mundo, junto con el consiguiente error de andar siempre persiguiendo semejantes para con ellos intercambiar las más banales frases. Sumidos en la vastedad del espacio dominado desde cubierta y el entusiasmo de reinar con la mirada sobre los cuatro horizontes convivimos sin que nos sobrevenga el tedio con un cielo que cada nuevo amanecer presenta una textura distinta y que no obstante nuestra exigua velocidad y su sugestión de no movernos deja asomar de pronto por uno de sus costados un cambio de apariencia, al principio sutil pero que en pocos minutos altera la atmósfera entera, con una celeridad de la que somos pasmados testigos desde la privilegiada perspectiva circular que el barco nos da.

En el océano aparece todo escrito: esa chata mancha azul de los mapas nos presenta en alta mar colores tan cambiantes como cuando choca en las orillas con las diferentes profundidades de las costas. Se suceden variaciones sin causa aparente por motivos en los que no nos interesa indagar, inesperados cambios al pasar de un mar a otro. Difícil explicar cómo es posible, comunicados

entre sí como lo están, que haya tanta diferencia entre los colores y apariencias del Canal de la Mancha y el Mar del Norte, o entre éste y el Báltico, como si los separasen fronteras submarinas. Ya desde el inicio del viaje, al penetrar en el océano, presenciamos una primera mutación al adentrarnos en la extensión deshilachada y verdosa del Mar de los Sargazos, nombre inscrito por las fantasías de la infancia en nuestras mentes. Fue quien primero nos avisó que dejábamos las Américas, nos despedíamos del continente. Mar y tierra fluidos y ni mar ni tierra, si acaso un harapo de ésta. A la vista de este ancestral vertedero de la naturaleza no puedo saber que sus sugerencias de indefinición se volverán parte de mi sustancia, como tampoco podía haber presentido la importancia de que nos estuviésemos separando por barco de aquel período inicial de nuestras vidas. De haber ido en avión de nuestra tierra a otra hubiésemos experimentado una continuidad entre la etapa que dejábamos y la que emprendíamos en un transcurso que nos resultaría inmediato, y forzados por el breve pestañazo que las separaba, se nos quedarían indistintas. Constatar la presencia de un océano de por medio y necesitar de esa dilatada quincena de mares y cielos para alejarnos de nuestra isla nos graba en la médula la convicción de que de veras iniciamos otra vida. Contemplando sus algas atravesadas por nuestra proa como si fuesen hielos árticos, el Mar de los Sargazos me resulta huella de una tierra devastada, llevándome a coincidir así sea de soslayo con quienes, cada vez más desmentidos, siguen sosteniendo que por allí pudiera haber estado la Atlántida, y esa abundancia de vida vegetal en pleno océano fuese el soplo con el que el perdido continente quiere sugerirnos su remota existencia. No sé si habrá nacido de esas impresiones pero a partir de entonces y desde la primera de las veces en que en infinidad de ocasiones y lugares, personas de todo género y procedencia me preguntarán de dónde soy, en medio de los rodeos e imprecisiones con los que intento resumirles años de vagabundeo a lo que mi razón vuelve constante es a la certeza de que mi verdadero lugar de nacimiento



fue ese territorio impreciso disperso en el océano, cruce entre la tierra y el mar, un espacio que nadie posee ni puede reclamar: el Mar de los Sargazos. De ahí vengo, es lo que para siempre sentiré.

4

No porque me lo haya dicho a las claras sino a partir de inexpresivas palabras que le escucho al vuelo y algún que otro desdibujado comentario sobre asuntos en nada relacionados con su tropiezo, me convenzo: Dietrich quedó persuadido de que el empleado francés de correos negado a franquear su carta era un taimado comunista, que con su negativa pretendía humillarlo. Yo preferí nunca decir a Dietrich lo que en realidad creía. En ningún momento achaqué la terca actitud del empleado a fidelidades ideológicas; otros motivos habla ya observado yo del posible deseo de éste o cualquier otro francés de vejarlo, sólo por el hecho de ser él alemán. Prefiero no confiárselos, viendo cuánto ama París. No quiero echársela a perder, contándole la respuesta que me han dado varias veces –si he repetido la pregunta ha sido por corroborar hasta qué punto la opinión prevalece–, de forma casi idéntica, cuando pongo reparos a la redacción de las numerosas tarjetas esparcidas por la ciudad en homenaje a los héroes de la resistencia muertos combatiendo a los nazis. Dicen: Aquí cayó fulano, el día tal del año más cual, muerto por los alemanes. Interesado en una precisión que me resultaría más justa, averiguo: ¿Por qué alemanes, y no nazis? La respuesta, escuchada reiteradamente a más de veinte años de concluida la guerra y a menudo a gente que ni la vivió o la vivió sin uso de razón, se repite. Me dicen: Es la misma cosa. *C'est la même chose*. Frente a visión tan difundida, fácil es concluir que fue obedeciendo a este sentimiento y no a un tenaz izquierdismo por lo que el empleado de correos francés provocó aquella mañana la cólera de Dietrich.

Echamos ancla en Rostock. Más allá de sus promesas, el jefe de sobrecargos se me ha quedado en sonrisas y medias frases, sin confirmarme si atenderá o no a mi petición de que se nos permita tomar el tren para Berlín no más desembarquemos. Quedó en eso conmigo después de verme aparecer en la puerta de su camarote llevándole como obsequio una botella del pésimo coñac alemán que cargamos a bordo, regalo que de ningún modo llamaré soborno pues tuvo la gentileza de invitarme a pasar y conmigo compartió media botella, dejándolo yo con los cachetes de su rubicundo rostro más colorados que nunca. Así y todo, no sé si confiar en él; horas antes de atracar se me acerca y como quien acude a un último recurso, con secreteo me pregunta si de verdad quiero que haga esa gestión. Pudiera tratarse de una treta suya para no cumplir pero más bien me inclino a tomarlo como un eco de los susurros del joven marinero; como aquél quiere advertirme que ese propósito nuestro de dar un rodeo hasta Berlín delata mucha imprudencia. La sucesión de consejos llega a hacerme dudar pero con la costa de Alemania a la vista le reitero que sí, mi mujer y yo queremos ir a Berlín antes de cruzar hacia Occidente. De todos modos, alguna incertidumbre dejan en mí estas advertencias; cuando avisto una especie de chalupa acercándose al barco su aspecto me da muy mala espina. La figura más visible a bordo es la de un hombre que lleva la cabeza cubierta con un sombrero de ala ancha y el cuerpo envuelto en un impermeable tan negro como el sombrero y que, de caucho como éste, lo cubre hasta las botas. Avanza el barquichuelo alumbrado desde lo alto por un farol de nuestro barco, único punto luminoso en una noche cuya negrura no atenúan las marchitas luces de una ciudad prácticamente a oscuras como distante telón de fondo. Ese botecito de proa marcadamente elevada y el personaje que lo preside parecerían dispuestos por un curtido director de cine para el rodaje de una película cuya acción transcurriese allá por los

años treinta o cuarenta, en los preámbulos de la guerra o en plena guerra. El silencio o los apagados murmullos de quienes asomados a cubierta lo vemos venir, junto con la lobreguez que cubre espesa el puerto, me hacen recelar de estar de algún modo volviendo a aquellos tiempos que esta nocturna imagen reproducen. Como si a medida que el barquito se nos acerca, bañado por una luz similar a la trasladada a Hollywood por los abundantes cineastas centroeuropeos que por entonces huían de esta Alemania en la que estamos al desembarcar, yo y el barco entero nos estuviésemos adentrando en una de las tantas películas que recogieron el conflicto y sus pavores, con mares de asfalto cercando Europa.

El bote se arrima al casco y la agorera figura envuelta en ese impermeable que la humedad hace relucir sube la escala que le han tendido. En cubierta, cerca, tengo en primera fila el capitán, estirado y de gala; listo, en su pulcrísimo uniforme, para recibir a quien se reconoce como oficial de la inmigración alemana. A su lado, sonriente, ese jefe de sobrecargos de quien dependo. Ignoro además si, de interceder éste por nosotros, ese individuo de rostro afilado y tan gastado por la edad como por el salitre, que ya pone pie en cubierta provisto de un maletín, accederá a nuestra petición o la negará, o hasta si la pudiera tomar por sospechosa, un intento con malas intenciones.

El comportamiento de este hombre, desde que sube a bordo y se acerca sin ceremonia al capitán, despachando los saludos de rigor para pasar sin demora al saloncito donde procederá a sus trámites cumpliendo su papel de ágil funcionario, poco tiene que ver en su voluntad de dinamismo y eficacia con la facha de lobo de mar de antaño que nos muestra ni con su aparición en esa especie de remolcador destartado o su ascenso al barco por una escala de sogas bamboleante. Ese adormecimiento en el tiempo manifiesto en su persona y su entorno a lo que se ajusta no es a su adiestrado proceder sino a la generalizada sensación de avejentada tristeza de cuanto nos rodea. El puerto cuenta con filas inacabables de gigan-

tescas grúas, si no las más modernas seguro que eficientes, aunque ahora inmóviles y tan a oscuras como el cielo, en una parálisis que las hace lucir trastos, y la voluntaria grisura que con su exterior este oficial transmite lo que me sugiere es que su aspecto menesteroso y anacrónico es premeditado. No quiere llamar la atención ni por el excesivo fulgor de un botón ni por el lustre de un zapato, acatando de ese austero modo el monacal estoicismo pregonado como máxima virtud por quienes rigen este mundo en el que penetro de la Europa Central, bautizada Oriental por un acuerdo tácito que prefiere lo político a lo geográfico. Codo con codo las dos Alemanias, se advierten en la pobre chalupa y el luctuoso vestuario de sus ocupantes cómo a la suntuosidad con que se adorna Occidente se quiere contraponer un estricto estoicismo, prueba de que aquí prevalece un catecismo de justicia y equidad.

Irónico se me hace que estos adalides de las ortodoxias marxistas hayan descartado sus clamorosas utopías de los albores revolucionarios, aquéllas en que en sus afiches representaban futuras urbes tapizadas de redes eléctricas y humeantes chimeneas. Resulta que a lo que se vuelcan ahora en sus representaciones exteriores es a la arcaica sociedad postulada por quienes antaño se contaban entre sus contrincantes más acérrimos, los anarquistas, enaltecedores del artesano y el labriego y enemigos de la modernidad de toda índole. Estos alemanes, obligados por unas escaseces que no consiguen remediar, enredan carencias con entereza y entonan loas al horno de leña y las usinas de carbón, la carreta y las suelas gastadas, incorporando a vidas y tareas una preferencia ya nada simbólica por sus tradicionales emblemas de la hoz y del martillo.

6

El jefe de sobrecargos ha cumplido. Entrados al saloncito, que su mirada y modales transforman en sala de interrogatorios, el oficial

de inmigración nos lo hace saber mediante un intérprete: le han comunicado nuestra petición. Lo dice sin mirarnos y sin sonrisas, y se las arregla para dar a nuestro pedido, así piense aprobarlo, aire de solicitud con matices reprobables, ardid mediante el cual convertirá su visto bueno, si es que se produce, en concesión, un favor a agradecerle. De entrada, sus facciones no auguran nada bueno. A mi mujer y a mí nos basta una primera impresión para vernos cogiendo esa misma noche el tren para Hamburgo. El hombre, después de recorrer por encima nuestros pasaportes como si se los conociera de memoria, nos pregunta por qué queremos ir a Berlín, qué nos espera allí. Con la ingenuidad de quien nada esconde le contesto que tenemos en esa ciudad amigos, estudiantes de cine becados; quisiéramos saludarlos y de paso, en su compañía ver Berlín. Propósito que dejo para el final y le menciono con la emoción de quien anticipase contemplar magnificencias próximas a las de los jardines colgantes de Babilonia.

No responde. Revisa nuestros pasaportes por segunda vez y en una libreta de aspecto escolar anota datos, quién sabe cuáles. Sin dejarme añadir otra palabra y al cabo de una meditación que nunca podré saber en qué consiste me informa que accede a nuestra petición, aunque sin abandonar ese tono y gesto hoscos que, acentuando su dureza, nos aclaran que la menor transgresión nuestra pudiera atraernos funestas consecuencias. Categórico nos ordena que en cuanto lleguemos a Berlín, lo primero que debemos hacer, antes de buscar hotel, es ir al consulado cubano e indicar a sus funcionarios que soliciten la prórroga por dos semanas de nuestros visados de tránsito. Y queriendo ponernos en claro que no deja cabos sueltos, precisa: tan pronto desembarque comunicará al consulado que estamos en camino, así estarán advertidos de nuestra llegada en cuanto abran a la mañana siguiente. O sea, que ni se nos vaya a ocurrir tomarle el pelo. Si no nos presentamos en esas oficinas a primera hora tal como nos ordena, las policías de Alemania Oriental entera saldrán en nuestra persecución.

En su famosa y ficticia carta, Lord Chandos explica cómo entre las consecuencias de su decisión de dejar de escribir advierte la cada vez más estrecha relación que traba su ánimo con los objetos inanimados que lo rodean, y refiere el episodio en el que, en una de sus cabalgatas, se entrega a la contemplación de una piedra hallada en el camino. Sin escuchárselo de manera concreta, da a pensar, por su manera de narrarlo, que el diálogo mudo con esa piedra u otro objeto cualquiera capaz de despertarle interés ha sustituido en su imaginación a las evocaciones e intuiciones unidas hasta entonces con el laborioso proceso de idear y escribir.

Pasando a otra cita coincidente, se sabe que el cabalístico asegura, no sé si yendo más allá que lord Chandos o queriendo utilizar palabras capaces de sugerir grados de misticismo, que quien contempla en total concentración las letras de un libro del que desconoce por completo el idioma alcanzará a comprender a cabalidad el sentido de ese libro y podrá desentrañar sus más recónditos conceptos. Ni siquiera es justo decir desentrañar; el libro mismo le infundirá su saber. De ser así, igual pudiera hablarse, no sólo de la contemplación del árbol o la piedra sino también del paso por el cielo de las constelaciones, de las configuraciones que trazan en el espacio las laderas de una cordillera o hasta de las matemáticas ocultas en el ritmo de las madrugadas. No se trata de descifrar las leyes y conceptos que atañen a esas materias o fenómenos sino que, sin otro recurso, la vía contemplativa basta para que aflore en nuestro interior, a la manera de esa ciencia infusa cuya veracidad ha afirmado más de un místico, la comprensión exacta de su esencia y de cuanto los une a nosotros, la manera en que su decursar y su significado acompañan a los nuestros. Cuanto nos hace coexistir, germen de las ideas que indujeron a tantos pueblos a deificar trazados visibles o invisibles; épocas en las que el saber procedía de manera distinta que en la nuestra.